

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 29 Julio 1915.

Número 30.

Al gran fracasado

Todo cuanto á los hombres predicaste
hoy se encuentra olvidado ó infringido;
ni siquiera una espiga ha producido
la semilla del bien que al surco echaste.

Los guardas del rebaño que dejaste,
ó lo han abandonado ó se han dormido;
en el redil el lobo se ha metido
y no hay cordero que á su furia baste.

Y no habrá quien reanude aquellos lazos
que ataste tú con fraternales fines;
ó la fe falta, ó tu doctrina sobra.

Si el amor se difunde á cañonazos
y la piedad se esparce en zeppelines,
¿qué queda, buen Jesús, de tu alta obra?

José Nakens

UNA IDEA

Allá para el mes de Noviembre se anuncian las elecciones de concejales, y ya se habla de ciudadanos que están trabajando su elección. Hay quien nace con vocación decidida al sacrificio.

La nota característica de los tiempos que corremos, es la exacerbación del egoísmo. Cada cual para sí, es la máxima general. Sin embargo, vemos que en esto de ejercer cargos públicos gratuitos, esa máxima se olvida. Todos se despeitan por servir los intereses generales, y hay algunos que se gastan grandes sumas para salir triunfantes, sobre todo en las elecciones de diputados á Cortes. Asegúrase que hay leyes que castigan estos manejos, pero como no se aplican, igual que si no existieran.

Esto me llevó, allá por 1898, cuando andábamos en guerra con los yankees, á proponer que se fijase precio á cada acta, y se sacaran á pública su-

basta. Si el dinero era en último término el que decidía, que fuese en provecho de la nación, no de los sinvergüenzas que venden su voto.

Yo decía entonces:

«Reunida la Junta del Censo, justipreciaría las actas: á 50.000 duros, por ejemplo, cada una de las Madrid; á 40.000 las de Barcelona y Valencia; á 30.000 las de las diez poblaciones que le siguen en categoría, y á 25.000 las restantes. Y después de esta sencilla clasificación, anuncio de la subasta en la *Gaceta* y los *Boletines Oficiales* de las provincias.

¿Qué esto sería inmoral? Sin duda alguna, aunque no tanto como las elecciones que hoy se celebran con sus timos, pucherazos, trampas y compra de votos. La lucha en el primer caso sería legal, franca. El que más dinero tuviera, aquel se llevaría el acta, y no habría borracheras, ni palos, ni puñaladas ni muertes, etcétera, etc.

Respecto á la calidad de las Cortes ó los Municipios ¿qué sé yo?, no me atrevo á decidir de plano; pero maña

se habían de dar los compradores de actas para hacerlo peor que los elegidos por el voto libérrimo (?) del cuerpo electoral, ayudado eficazmente por gobernadores, caciques y Guardia civil; y por dinero también.

¿Que de este modo no estarían representadas en el Congreso, ni en el Municipio ni en las Diputaciones provinciales las clases populares? Ciertamente: pero quizás conviniera, á ver si se indignaban de veras un día por esto, y acababan de una vez con la farsa.

Aunque no; todo pudiera arreglarse. Con dejar diez ó doce actas liberadas para regalárselas á los prohombres de las oposiciones radicales que no tuvieran dinero, cuestión resuelta. Así como así, es posible que al paso que vamos no llevemos muy pronto al Congreso ni siquiera ocho diputados. Y si nos regalaban doce actas, saldríamos ganando cuatro.

Es posible que ahora me ocurra lo que en 1898: que nadie secundó mi idea; pero yo me he creído en el deber de reproducirla, por si acaso fuese más afortunado. El patriota debe ser perseverante en sus propósitos.

Quédame ya un sólo punto que tocar: el del destino que debería darse á los millones recaudados por ese procedimiento. Realmente no he pensado mucho en ello; pero, dada su procedencia inmoral, podría seguirse la moda del día: distribuirlos entre curas, frailes y monjas, para que siguiesen pidiendo al Altísimo que se mantenga siempre el Pueblo dentro de esta resignación cristiana que le permite vivir divorciado de la dignidad, la virilidad y la vergüenza. Y hasta de los garbanzos.

Si á alguien se le ocurre una distribución más justa y adecuada, no tendré inconveniente en admitirla y propagarla. No aspiro á la infalibilidad.

¿A dónde se nos lleva?

Ha sido suspendido por los agentes del Gobierno un mitin en la Casa del Pueblo, en el cual estaba hablando el diputado de la nación y jefe socialista Pablo Iglesias.

La forma de la suspensión arranca á *El Liberal* las más vivas protestas.

Llega el colega á sospechar en tal actitud del Gobierno una provoca-

ción á la revolución. El incidente más singular fué este:

«El delegado que asistía al «meeting», después de suspenderlo, dió la orden de desalojar el local, obligando á los circunstantes á salir por una sola puerta. Al pretender un pequeño grupo abrir otra, uno de los policías apostado en ella rompió con el cañón del revólver un cristal é invitó á pasar «al que fuese valiente».

Si no es cierto el relato, debiera serlo, porque resulta el fiel y exacto retrato de la política adoptada de algún tiempo acá: «El que sea valiente, que pase.»

Pero, ¿qué habría pasado en Madrid, si el pueblo llega á sentirse valiente y á poner á prueba de revólver la resistencia de su pellejo?

Queda, pues, resucitada aquella política de guapeza proclamada por Cierva en el tiempo del terrorismo.

Dato acaba de decir á reformistas, republicanos y socialistas, con las prohibiciones de sus mítines, lo que diz que ha dicho el policía de la Casa del Pueblo:

«El que sea valiente, que hable.»

No se dice «el que tenga derecho», sino «el que tenga agallas...»

Constitución, ley, justicia y libertad, ¡cuestión de puños!...

Si esto no es estado revolucionario, parece realmente su preludio. El Gobierno reta al pueblo á probar la «valentía».

Así estamos hoy,
Mañana Dios dirá.

El ministro de la Gobernación niega el reto del polizonte.

¿Ha hecho la información debida para averiguarlo? Porque si no se ha informado, su testimonio de cosas no vistas ni oídas por él, es recusable.

El mentís puesto al relato hace creer que el ministro reputa vergonzoso y comprometedor el hecho descrito; y en tal caso, lo político sería castigar al autor, si es cierto lo contado, ó probar la falsedad.

Y termino como empecé:

¿A dónde se nos lleva?

El reto á la libertad

Si no mienten los liberales monárquicos y los republicanos y socialistas, el Gobierno de Dato, con estos alardes y con sus prohibiciones de reuniones públicas, ha barrenado la Constitución y ha proclamado prácticamente la dictadura.

Este juicio lo han vertido jueces competentes en materia parlamentaria, incluso los propios Consejeros pasados y futuros de la Corona.

Apesar de reproches tan graves, ni el Gobierno dimite, ni mucho menos se corrige.

Al propio tiempo que Dato proclama su divorcio con la nación, se alardea de sus alianzas con las derechas.

Ellas le incitan á exagerar sus actitudes provocativas.

Es indudable. Las derechas creen llegada su hora.

Al igual que Alemania, ellas han aplicado estos últimos seis años há militarizar conventos, seminarios, colegios y asilos. Han armado, municionado, ejercitado y excitado á los *requetés*. Hánse unido en haz de hierro, erizado de puñales y trabucos.

Y en este momento de distracción forzosa de la Europa en guerra, de división de las fuerzas liberales españolas, de debilidad de los partidos gobernantes y de crisis general inminente, en este momento creen llegada la hora de librar batalla al liberalismo, batalla implacable, sangrienta y feroz. ¿Cuándo mejor que ahora?

Sólo así se explican las provocaciones irritantes que á diario estamos registrando, ora vergonzantes, ora procaces, encaminadas todas ellas al único objeto de «irritar la fiera».

Si en un ataque de irritación «la fiera» se decide á romper la jaula ¿creen las Derechas provocadoras que acudirá según ellas tienen calculado, y que se dejará coger en los lazos que le han tendido, donde poderla degollar impunemente?

Muy cómodo y muy germano es el discurso; pero podría salirles la criada respondona. Los métodos de guerra han cambiado. La táctica de trincheras puesta en uso nuevamente, traducida á una guerra civil, puede ofrecer sorpresas no menos curiosas que las producidas en la guerra de pueblos.

El liberalismo español, harto de paz armada, de leyes burladas, de jefes vendidos y de incumplidas promesas; y sabedor al mismo tiempo de los sanguinarios planes de exterminio que contra él se fraguan, tomará en su caso (no lo duden los adversarios) la posición adecuada, para salir de una vez del atolladero en que le han ido metiendo. Y al freir será el reir.

CARTA

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: En el número 26 de ese periódico, correspondiente al 1.º del actual, leo con la natural sorpresa un artículo titulado *La nieve sucia*, en el cual se comenta de una forma poco grata para mí, como apelando al partido republicano, mis actos como presidente de la Junta de festejos del barrio del Perchel.

Poco ó ningún efecto hubiesen merecido estos comentarios si no hubiesen sido hechos en ese periódico, que para mí tuvo siempre afecto y simpatías, y únicamente debido á este sentir me permito dirigirme á usted rogándole la inserción de la presente, que no me ha sido posible contestar antes por desconocer el artículo origen de ésta á causa de mis ocupaciones fuera de esta capital. Y una vez echa esta aclaración vamos á lo que importa.

De nada tengo que sincerarme ni justificar respecto á mi significación política dentro del partido republicano, puesto que ya, y en mi ausencia ha puesto la verdad en su lugar el diario *El Popular*, órgano del partido en ésta, á cuyo director, Sr. Cintora, he de agradecer siempre el haber puesto del lado de la justicia contra la insidia que representa el artículo que ha contestado, inspirado indudablemente por algún *correligionario* local de los que usted ha dicho que *sin ellos sería un partido ideal el republicano*.

Mas como quiera que muchos de los lectores de ese periódico, es probable no hayan leído los artículos de *El Popular*, titulados *Lo que es el partido republicano* y *En defensa de un correligionario*, insertos en los números de aquel diario correspondiente á los días 3 y 4 del corriente, séame permitido exponer (aparte de mi identidad en absoluto con el primero de dichos artículos) mi criterio particular en defensa propia.

Ni por méritos personales ni condiciones políticas, he merecido que el partido republicano me haya llevado á la Corporación municipal, primero, y á la Diputación después, puesto que carezco de unos y otros, y si mi humilde nombre tuvo y tiene la honra de figurar en esas Corporaciones, no es ciertamente por estos motivos, sino que el partido ha sabido apreciar mi inquebrantable fe y entusiasmo por la causa, que siempre y en todas circunstancias he estado dispuesto por el triunfo de nuestros ideales á toda clase de sacrificios morales y materiales.

En estas condiciones, y entendiendo que el ser republicano no está reñido con la educación y el respeto mutuo á todos y para todo, fui nombrado presidente de la Junta de festejos del Perchel, la cual está compuesta de vecinos de distinta significación política, y á cuyos gastos contribuyen todos con el único objeto de proporcionar algunos beneficios al referido barrio, sin tener para nada en cuenta las ideas de cada uno de por sí.

Con este fin hubo de indicarse por alguien la conveniencia de la misa de campaña, dada la novedad del festejo y los beneficios que pudiera reportar á los terribles, y yo que entiendo, al revés del corresponsal espontáneo inspirador del artículo de referencia, que la intransigencia y la imposición son características de los clericales, presté mi conformidad á este festejo en evitación de que se me aplicara la célebre cuarteta, que dice:

«El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera el que no piense
igual que pienso yo.»

Respecto á la procesión, es costumbre de muchísimos años, no aquí, sino en toda España, el cerrar los festejos con ellas, y yo, aunque mis deseos fuesen otros, no podía proponer (como hubiese sido del agrado del mezquino corresponsal) que á cada vecino que no profesara mis ideas se tocara en su puerta *La Marseleses*.

Nada más, y gracias de su afectísimo seguro servidor y correligionario

TOMÁS GISBERT

Málaga 16 de Julio de 1915.

RESPUESTA

Sr. D. Tomás Gisbert.

Muy señor mío: No necesitaba usted rogarme que insertara su carta. Todo correligionario tiene siempre

abiertas las columnas de El Motín para explicar sus actos ó defenderse de las censuras que se le dirijan.

No pensaba volver sobre este asunto; hasta se me ocurrió no poner ningún comentario á su carta. Creí luego que podía usted tomarlo á desaire ó descortesía, y á esto únicamente se debe el que le diga:

Si el recorte de *El Popular* que de ahí me enviaron no hubiese venido acompañado de otro del periódico católico que con tal entusiasmo elogiaba á usted por su religiosidad, seguramente yo no hubiese dicho una palabra; son tantas las noticias de esta clase que recibo, que habría semanas que El Motín se llenaría solamente con ellas; son muchos los correligionarios que apoyan más ó menos embozadamente con el clericalismo, por razones parecidas á las que usted invoca.

Había además otra razón para que yo dijera algo, y es que se trataba de Málaga, una de las pocas poblaciones importantes elogiadas por su acierto al elegir sus representantes, y francamente, me creí obligado á llamar la atención, por ver si podía evitar que siguiese por el camino que van otras, donde los republicanos consienten sin protestar que se subvencionen fiestas religiosas, si no es ya que refuerzan los acuerdos con su voto.

Advertiría usted que en mi artículo no le dirigí ningún cargo concreto, sino que me limité á sacar las deducciones generales que su acto me inspiraba; no tenía interés ninguno en molestarle personalmente. A esto obedeció también el que no contestase á los dos artículos que en defensa de usted publicó *El Popular*. Podía haberse enredado una polémica, de la que en último término el reventado hubiera sido usted.

Apesar de esto, califica usted de insidioso mi artículo. No hago alto en ello; lo atribuyo á un olvido momentáneo de la verdadera significación de esa palabra. ¿Qué asechanza hay en él? Si usted volviese á leerlo, advertiría que es claro, franco, diáfano, cual todos los que escribo.

Y dicho esto para demostrarle que no está usted en lo cierto al suponer que mi artículo era algo parecido á una apelación al partido republicano, sírvase usted seguir leyendo.

No creo que carezca usted de méritos y condiciones, como modestamente asegura, para desempeñar los cargos que el partido republicano le ha confiado, ni dudo de que siempre haya estado dispuesto á realizar toda clase de sacrificios por el triunfo de la causa; mas precisamente por ser así, es de lamentar doblemente lo que ha hecho. En un insignificante ó un improvisado, no hubiese producido extrañeza á nadie lo que usted hizo. ¿Quién se fija en que un carbonero lleve la cara tiznada?

Pero la cuestión no es ésta, sino esta otra:

¿Debe ningún republicano contribuir desde un puesto oficial á proporcionar al clericalismo ningún triunfo, por pequeño que sea?

¿Que la transigencia se impone en la vida de relación? Nadie más penetrado que yo de esta verdad, y pocos que la practiquen más constantemente y con más amplitud. Pero particularmente; no cuando se ocupa un cargo que nos impone el deber de conservar íntegros los principios de aquellos que nos lo concedieron.

La educación y el respeto á los demás, no deben ni pueden llevarse nunca hasta el extremo de ser descortesés é irrepetuosos con nosotros mismos, ni con los que nos elevaron, nos ayudan, ó nos sostienen.

Porque, quiera usted ó no quiera, aquí resulta lo siguiente: que por *educación y respeto* á las ideas de los católicos del barrio del Perchel, que en las elecciones votan con los enemigos de la democracia, transigió usted con el toque de campanas y con la misa, á pesar de sentir *afecto y simpatías* por El Motín, lo cual prueba que es usted anticlerical; y que se olvidó de demostrar la misma *educación* y guardar el mismo *respeto* á los republicanos del barrio, que votan al correligionario que por allí se presenta.

Veo que va haciéndose endémico en el republicanismo lo de disculpar las flaquezas propias invocando el respeto que merecen las ideas ajenas, como si nouviésemos todos el deber de combatir las en todo momento y ocasión.

Otro punto.

Creo que no ha aplicado muy oportunamente la célebre redondilla de la zarzuela *La Marsellesa*, que no fué escrita exclusivamente para servir de comodín á los que se ven censurados por sus complacencias con los enemigos.

Y el caso es que pudo usted haber quedado en una situación airosa y envidiable, sin temor á que le hubiesen aplicado esa redondilla.

Si al tratarse en la Comisión de que era presidente lo del toque de campanas y lo de la misa, tranquilo y sereno, sin intransigencias ridículas, se dirige á sus compañeros y les dice: «Mi significación política y mis ideas particulares me impiden, si se toma ese acuerdo, continuar ocupando este cargo», es posible que la idea no hubiese prevalecido; pero aun prevaleciendo, hubiera usted quedado en mejor lugar, á los ojos de amigos y adversarios, que dando lugar al elogio que *La Defensa* hizo de usted.

De esto, de esto sí que hubiese yo protestado, y sin perder tiempo, de hallarme en la situación de usted: de que se tomase por adhesión á las ideas de mis contrarios lo que era sólo una prueba de mi tolerancia; de

que se me ofendiese suponiendo que podía haber predicado y sostenido creencias que no tenía; que se me confundiera ni por un momento con los hipócritas y miserables que tienen siempre la religión en boca y la ultrajan y desacreditan con sus actos.

Esto, esto es lo que me hubiese indignado; no el que un correligionario, que acaso me votase para el cargo que ejercía, enviara á un periódico la noticia de lo que yo había hecho.

Pero no insisto en acumular razones para demostrar á usted que con tanta *educación y tanto respeto á las ideas ajenas*, el partido republicano no es hoy ni sombra de lo que fué.

Me alegraré que en Málaga siga tan potente y vigoroso, que pueda triunfar en las elecciones próximas, fortalecido y entusiasmado con los toques de campana, las misas y las procesiones; y que usted reciba el premio á que es acreedor por haberle lanzado por tan salvador camino.

De usted atento servidor

JOSÉ NAKENS

Cine clerical

¡Parece mentiral...

I

—Déjela usted, señá Rosa.

—¿Que la deje? Sin huesos la dejaré... ¡Cochina!... ¡Bribona!... ¡Deslenguada! Que me tienes la sangre podría...

—Señora, si son criaturas...

—Mira, no me hagas momos con la boca porque te estrangulo... ¡Gamberra!

—¡Ay! ¡Ay!

—A ver si revientas de una vez, que no le quitas pinta al cabronazo de tu padre...

—Señá Rosa ¡por Dios!

—¡Dios me perdone! Si no sé lo que me digo... Me saca de quicio esta mocosa... La he de matar, la he de matar... Quitate de mi vista, porque no sé si podré contenerme.

—Pues yo no he hecho ná, eso.

—Anda, Antoñita, vete, vete.

—No me da la gana, eso.

—¿La está usted oyendo? Deme usted ese palo, que la voy á romper la cabeza. ¡Descarada! ¿Es eso lo que te enseñan las monjas?... Más valía que te hubieras ido á misa, golfa, más que golfa, que sólo piensas en jugar con los chicos, y con los grandullones, no crea usted: siempre está metida en la carbonería con aquel zán-gano de la Eduvigis.

—Eso está muy feo, Antoñita.

—Más fea es usted.

—¡Me c... en Cristina! Te juro por éstas que hoy vas á estar entre cuatro velas... ¡Toma, toma y toma!

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... En cuanto venga padre le voy á decir que anoche estuvo aquí el Eusebio...

—¡Quitármela, que la ahogo! ¡Ay! ¡Esta hija será mi perdición! ¡A mí me va á dar algo!...

II

—¿Ha oído usted el escándalo de ayer?

—Ya lo creo; cosas de la señá Rosa... Ella anda muy suelta, y luego quiere que la chica sea un modelo. Y ya se sabe, si los chicos no ven en casa buenos ejemplos...

—Y eso que la manda á las monjas.

—Sí, para tapadera... También ella está siempre metida en la Paloma, llevando velas á la Virgen, que paga el Eusebio.

—Y ese marido tan ciego.

—¡Uf! Pondría la cabeza por su mujer... Como la ve tan santurrón... A mí no me la dió nunca. Desde que la vi un día muy metida con un coadjutor de San Lorenzo, no la trago de dientes para dentro...

—Pues también dicen que si tiene ó no tiene con uno de las Conferencias de San Vicente.

—Y con el sacristán de San Cayetano.

—Así estrena ella una falda cada domingo.

—Pues la hija sale á la madre, por que trae revueltos á todos los chicos de la casa. ¡Vaya una púa!

—¡Parece mentira!

—Toda esta gente de Iglesia es así: todo *hiproquesia*.

—Y el señor Lorenzo tan tranquilo...

—San Lucas bendito le guarde... Ea, hasta luego.

FRAY GERUNDIO

Si España interviniese

en la guerra europea...

España no es el coloso de los Estados Unidos, sino el coloso de los Estados desunidos. Tenemos, sin embargo, con aquel Estado algo de común: la neutralidad amenazada y el germanismo que labora por hacer de la neutralidad el eje constitucional del Estado.

Allá, como acá, tenemos nuestro hombre. Acá, nuestro Dato (que Dios guarde), apóstol acérrimo de la neutralidad de todos los españoles frente á su política casquivana, enrevesada é hipócrita. Porque, fijémonos bien en la manera de traducir á la práctica política sus lucubraciones neutralistas, y veremos que la neutralidad predicada por Dato, es con respecto á él y á su gestión gubernativa exterior é interior. Hay que ser datista por activa ó por pasiva: ó cantando loas á nuestro hombre, ó cruzándose de brazos ante sus Reales órdenes y decretos.

El hombre yanqui es Roosevelt, que dicen ha dicho: «Hay un crimen

mayor que el de los alemanes: es el de los neutrales, que por miedo ó egoísmo, no se levantan á atajarlo.»

El argumento de Roosevelt parece ser éste.

Si los neutrales desde el principio de la guerra se hubiesen cuadrado según cuadra á un señor soberano, amenazando con sus puños al primer beligerante que transgrediese el derecho internacional, la guerra habría tenido otro tono.

Para que Alemania haya podido hacerla en la forma salvaje actual, necesitábase dos cosas: un pueblo capaz de llegar al salvajismo, y los pueblos infra-bárbaros, incapaces de atajar la barbarie.

Si tallásemos la altura de ambos hombres por la altura de sus respectivas doctrinas, tendríamos esta ecuación: Roosevelt se coloca por encima de la barbarie militar alemana; Dato se coloca por debajo de ella.

Y para que el mundo no diga de él: Dato quiere estar encima de todos los españoles, todos debajo de él y él debajo de la llamada barbarie. Y, ¡chitón!

Alemania sobre Dato; Dato sobre todos los españoles.

EL ESPIONAJE ALEMÁN

En *El Liberal* ha publicado su cronista de Nueva-York un artículo explicando la campaña alemana dentro de los Estados Unidos para hacer á aquélla nación cautiva de la neutralidad.

Tres fases tuvo la campaña: Primera, para impedir el envío de municiones á los aliados por medio de la prohibición del Gobierno. Segunda, la compra de todas las municiones que se suponían destinadas á los aliados. Tercera, la voladura de las fábricas.

«Cuentan además, dice el cronista, con una organización formidable. Hasta ahora solían citarse en los Estados Unidos tres instituciones como modelo de organización, cuya rigurosidad y perfecto mecanismo ninguna otra en el mundo igualara. Estas eran: la Iglesia católica, el ejército alemán y la «Standard Oil Company», el «trust» de Rockefeller. A ellas habrá que agregar el sistema de espionaje y de propaganda catequista en el extranjero montado por los alemanes.»

El Espionaje Alemán (escribámoslo con mayúsculas) va á pasar á la Historia (si es que después de la guerra queda algo por historiar) como una de las más admirables instituciones humanas.

Si con tanto pavor hablan de esta Mano-Negra los yanquis, ¿qué podrá temerse en España?

El voto solemne de neutralidad nacional promulgado por Dato, ¿es un acto voluntario de nuestro hombre, ó siquiera un acto consciente, ó es mejor, un voto concordado é impuesto por la misteriosa mano germana?

¡Tiene tantas recoveces la política

al parecer inocentona y candorosa de nuestro hombre!...

EL ESPIONAJE EN ESPAÑA

Vale la pena de ser estudiado este problemita. Aunque sea dogma nacional, dispuesto por Dato, el de la neutralidad, puede desaparecer Dato del Poder y con él esfumarse su dogma.

Nada hay eterno en el mundo; ni lo son los adelantados alemanes de España, que es lo que parece ser nuestro hombre; un virrey de España, colonia alemana.

El virreynato puede caer. Dicen que caerá allá para Octubre.

Y cuando Dato se mantuviese firme en el Poder, podría cambiar de voluntad y de dogma, y hacerse intervencionista. Cosas mayores pasaron en el mundo.

Si tal ocurriese, al neutralismo actual podría suceder el dogma del intervencionismo.

¿Qué ocurriría en España, por virtud del espionaje alemán, ante la necesidad de intervenir en la guerra?

Tal es el problema.

ELEMENTOS GERMANÓFILOS

Sabemos que el clericalismo español es germanófilo recalcitrante empedernido.

¡Ni un obispo se ha levantado contra la campaña germano clerical! ¡Ni uno, ni medio!

Germanófilo es el jesuitismo, ahora omnipotente, á quien la corte corteja, y á quien rinde pleitesía la grandeza de España, con sus órdenes militares, á la cabeza.

Germanófilo es el carlismo, de quien se hicieron comparsas de teatro, en el espectáculo de la Zarzuela, las propias damas de la reina.

Esto, sin meternos más allá de lo consentido por las malas leyes del reino y por las peores costumbres de los Tribunales.

¿Qué raigambre tienen esos elementos en el Ejército y la Marina, en las cancellerías y agencias del Estado?

Si recordamos lo ocurrido con Llorens (el generalísimo carlista) en el lío del armamento de los monárquicos portugueses y lo ocurrido con él en los sucesos causantes del suicidio del capitán sobornado; si recordamos lo que *El País* nos contó de haber sido los jesuitas filipinos los espías de los Estados Unidos... ¡calculemos la tupida red del espionaje alemán en España!

¿Es ésta una de las redes de la neutralidad en que nos tiene metidos nuestro hombre Dato, y que él mismo está reforzando cuanto se lo consiente el impúdico pudor del voto solemne de neutralidad que profesa?

EL ÚLTIMO EXTREMO DEL PROBLEMA

Ni Dato, ni toda su mesnada, pue.

EL MOTIN



La explicación en la página seis.

Ayuntamiento de Madrid

den pretender la omnisciencia y el pleno conocimiento del futuro.

Por esto, sus juramentos de ser cuestión de patriotismo la neutralidad, aun cuando se supongan sinceros, pueden ser equivocados. No es todavía dogma nacional la infalibilidad de nuestro pontífice interino. Es lícito creer que puede equivocarse, y estudiar si realmente se equivoca. Por lo pronto, se equivoca cuando afirma tener á su lado á toda la nación. A la nación podrá tenerla debajo; á su lado, es falso. Nos tiene aplastados, si quiere; adheridos, no.

Pues... si Dato se equivocara, y si algún día la Patria creyese necesario intervenir en la guerra, ¿no resultaría ser el antipatriota peor el que presentase ante la guerra á la nación atada de pies y manos por las redes germanófilas, dividida en su interior en partidos que mejor que anglófobos son hidrófobos?

EL VERBO GERMANO EN ESPAÑA

Ha sido Mella. El ha sido quien desde un principio dijo: «Antes que tomar parte en favor de los aliados, los carlistas produciremos la guerra civil.» Como quien dice: «Para matar á los españoles, no necesitarán venir los alemanes; nosotros seremos los soldados del kaiser en España.»

Después ha dicho y repetido: «La neutralidad de España es imposición del carlismo. El Estado es nuestro prisionero.»

La aristocracia datista se hizo claqué de teatro para el orador que tal dijo.

Después que el Gobierno hubo autorizado los desplantes del orador y los aplausos de la claqué, prohibió á los contrarios la réplica merecida.

De este modo el verbo germánico quedaba autorizado *a priori* y consagrado con la inviolabilidad posterior. Mella, en el Gobierno, no podría hacer más.

Según Mella, la neutralidad es carlista, clerical y germanófila.

Los españoles hemos de someterlos á ella de grado ó por fuerza. En caso contrario, Dato nos enviará las estacas de su policía, y Mella las de su requeté.

P. O.

La lámina de hoy

Me la ha inspirado la siguiente *Hoja suelta*, firmada por el cura-párroco de Cañete la Real, y repartida este mes entre sus feligreses.

Diálogo de actualidad

—¿Quién es?
—El señor cura!
—¿Qué querrá ahora? Este señor no deja tranquilo á nadie... ¿Qué visita más inoportuna! Que pase.

—Buenos, muy buenos días... (Saludos de rúbrica, mirada de arriba abajo al cura por parte de los dueños de la casa, mirada de inteligencia entre ellos que equivale á decirse: «¿Por dónde saldrá éste?» Y...)

—Siéntese, tome asiento.

—¡Gracias, señores! Es cosa breve de la que tengo que hablarles, pero... en fin, me sentaré.

—Usted dirá á lo que se debe tanto bueno por aquí...

—Verá usted. Mi visita (un golpe de tos) mi visita obedece (otro golpe de tos) á que como saben que (tercer golpe de tos) la parroquia... vamos... que no está muy allá de fondos (los señores se miran) y que como ha habido necesidad de mandar una campana á la fundición y para esto y para colocar la otra que se cayó se necesita bastante dinero (nuevo golpe de tos. ¡Qué resfriados éstos, qué pesados son!) dije, digo: Esa misma campana se fundió en tiempos en el propio Cañete.

No faltó ni la limosna del hacendado ni el óbolo del pobre, que al no tener dinero que enviar mandó lo que tenía, y esa campana se fundió con las limosnas de los ricos y con el velón, el almirez, los candeleros de los pobres.

Ahora como entonces, Cañete, amante de sí propio, de su parroquia, de su torre; Cañete, que con la venida del señor Cardenal ha demostrado, que cuando quiere, puede y sabe ser generoso y caballero no, no dejará de contribuir á esta buena obra y no faltará, ni la limosna del que puede, ni la del que no puede, pues si ahora no se puede contribuir mandando un velón ó un almirez, pero, señores, pueden los pobres contribuir siquiera sea con ¡¡¡cinco céntimos!!! (Los señores se vuelven á mirar de nuevo como diciendo: «¿No te lo dije?»)

—Bueno y eso... como...

—Pues verá usted. Mandan la limosna (mientras mayor sea mejor) á un servidor y se apunta en la lista. Que por alguna razón no quiere que figure en ella su nombre, pues se pone como usted guste. Después se expondrá al público lo recaudado y su entrega al fundidor.

—¿Y para cuándo...?

—Pues á fines de Julio... y se colocarán las dos campanas y oírán usted un repique general y mientras los corazones al oírlos palpiten de gozo en los pechos de los cañeteros, éstos oírán á esas campanas como orgullosas y ladinas dirán:

—La una: ¡Cañeteros! ¡Cañeteros!

—La otra: ¡Gracias, gracias!

—Bien, bien. Nada, cuente con nuestra limosna, que se le enviará oportunamente.

—¡Ah! Se me olvidaba. Esa campana se llamaba Nuestra Señora de Caños-Santos y así se llamará la nueva y esta Patrona excelsa se encargará de pagarles su caridad.

DESPEDIDA GENERAL

—Los señores: ¿No te lo dije que no me olía bien?

—Sí... Ya... ya... ¡sablazo!

—El cura—Díganme lo que quieran. Lo sufro con alegría pero á cambio de una limosna para las campanitas.

POR LA COPIA:

JOSÉ FLORES SAGRARIO

CURA-PARROCO

Cañete la Real, Julio, 1915.

¡Pobre cura el de Cañete! ¡Y cómo tiene que andar para reunir unas miserables pesetas que le permitan construir una campana y colocar otra en su sitio!

¡Y cuántos otros no se verán en su situación triste para poder subvenir á las necesidades del culto! Apenas el alma pensarlo.

Meditando yo en la manera de evitar á todos esas angustias, se me ha ocurrido pedir al Gobierno que autorice á los párrocos de España é islas adyacentes para lanzarse á la calle á solicitar el óbolo de los fieles; y no contento con esto, indico en la lámina del presente número la forma en que podrían más cómodamente hacerlo; forma que les evitaría tener que solicitar el óbolo de viva voz con los mismos labios que elevan sus oraciones al Altísimo.

Confundiendo en que el Gobierno accederá á mi justa petición, quedé satisfecho de que se me haya ocurrido esa idea en beneficio de la clase por cuyo bienestar me desvivo, aun sin hallar en sus individuos la gratitud á que tengo perfecto derecho.

Si bien esto no me inquieta, pues no olvido aquello de «Haz bien á los que te aborrecen».

El atentado personal, los "requetés" y la justicia criminal

El Liberal del día 14 arremetió en un vivo artículo contra Dato por sus complacencias con los requetés. Los ataques al desdichado gobierno de guasolina, llegan á salpicar á las izquierdas por sus complacencias con el Gobierno.

Según el ahora embravecido colega, de la complacencia de las izquierdas nació y se nutrió el Gobierno-Dato; de la complacencia de éste con las derechas, brotó y se amamantó el «requeté». De este modo hemos venido á parar á la omnipotencia clerical, árbitra y señora de la vida interior é internacional de España, y que hace irremisible la revolución para restituir el equilibrio constitucional.

A fe que es halagüeña la actitud del colega. Y aún nos prometemos de ella larga eficacia. Mucho ha sido ya el denunciar á la opinión pública á Dato, como embozado baratero puesto al servicio de las derechas, asestando puñaladas trapeceras al liberalismo. Felicitémonos de ello.

Mas, si la justicia obliga, hemos de defender á Dato del exceso de culpa que se le atribuye. No es hijo único y exclusivo suyo y de su política el «requeté». Quizá sea Dato el menor padre de todos.

En tiempos de Canalejas nacieron y fueron bautizados solemnemente en su forma actual. No nacieron del carlismo, sino del frillismo. Engendraron los frailes claretistas, esos llamados hijos del Inmaculado Corazón de María, cucainas entre los más cucainas, rabo ó apéndice del jesuitismo, cuyas huellas siguen cuidadosos en sus industrias, artes y ambiciones.

En su revista *Iris de Paz* trazóse el

primer proyecto de «requeté» como patrulla al servicio del fraile. A toda prisa abrieron en los colegios de escolapios y jesuitas las escuelas de ejercicios militares, y ahí está el «requeté» bendecido é indulgenciado, con honores de orden militar *pro monachismo*. Depósitos de armas y municiones son los conventos; futuros baluartes suyos los colegios y monasterios.

Tal es la historia. Los frailes han celebrado sus *gestas*; los obispos las bendijeron al bendecir sus banderas, y las consagraron con las misas solemnes de campaña. Los políticos que en el Poder se sucedieron toleraron la organización militar contra el honor mismo de la milicia; no apercibieron á los obispos por conceder á la facción honores públicos eclesiásticos reservados por la disciplina nacional á los ejércitos regulares; no persiguieron sus crímenes con el celo propio de la justicia equitativa. El «requeté» ha quedado hecho una especie de *ejército convenido* á espaldas del Concordato para fusilar la Constitución.

Mientras sus hordas atacaron al pueblo liberal y á sus personas anónimas en la vida oficial del chanchullo imperante, estuvieron callados los elementos que ahora gritan.

¿Qué ha ocurrido para motivar tal cambio de actitud?

Hay que decirlo con rudeza, forma condensada de la verdad.

Los «requetés» han atacado á Blasco Ibáñez, consagrado de la política, anunciando el jaque á los señores del cotarro político.

Diríase que de esto se quejan y no de lo otro. Y en esto llevan el merecido castigo. Si el pueblo liberal se muestra indiferente á estos ataques, no tendrán derecho á quejarse quienes vieron con indiferencia los asesinatos y ataques contra el pueblo. Llevarían su castigo justo merecido por el pecado de ignorancia si no vieron el peligro á tiempo, ó por delito de complacencia, alimentando al «requeté» con el silencio que acerca de él guardaron.

Esto es el «ataque personal»—dicen.—También los «requetés» y los clericales acusan á los «bárbaros» de predicar el atentado personal por haber hecho responsables de los actos del «requeté» á sus jefes visibles.

Ya tenemos otra vez sacado en púlpito el «Cristo» consabido. ¡El atentado personal!, como quien dice el diablo y el coco.

Sus más y sus menos hay en ese alegato. El Padre Mariana recordaría que toda autoridad, al excederse de sus derechos, deja de ser autoridad y pasa á ser un vulgar atropellador del derecho, un delincuente ordinario y un asqueroso tirano.

No puede pedir respeto como tutoridad quien obra como delincuente. El bien social y la justicia, ordenan venerarla en lo que tiene de autoridad, y perseguirla y execrarla en lo que tiene de delincuente. ¿Es que se pretende hacer de la autoridad, coraza del delito? Tal resulta en las pintorescas lamentaciones de los predicadores del respeto del pueblo á la autoridad y del irrespeto de la autoridad hacia el pueblo.

Mas, vengamos al caso del jefe de requetés.

En todo trastorno público, la ley, la justicia y la ética, hacen autor moral principal, y primer responsable, al inductor, organizador y cabecilla.

Por esto fué fusilado Ferrer: por suponerse inductor. Algunos que tomaron parte material y directa en la revolución fueron absueltos ó excusados. El inductor fué hecho responsable moral de todos y cada uno de los delitos, aunque no tomase parte material en ellos.

He aquí el caso. Si el cabecilla es *personalmente* el autor principal de los hechos, fuera necio intentar castigarlos en sus instrumentos ciegos. La cabeza es la que se corta, y no la mano, cuando el delito se comete con mano ajena.

¿Es esto, *atentado personal*? Tan *personal* del jefe es el atentado activo de los suyos contra el vecino, como *personal* suyo debe ser el castigo pasivo. El es quien atenta contra los otros. El debe ser el atentado.

Esto dictan de consuno las leyes y la moral.

R. MAYOL

EL ULTIMO TOQUE

«...El clericalismo no lo hacen los clericales, sino que lo hacen los otros.»

EL MOTIN.—Madrid.

He enronquecido, me he quedado afónico tras tanto predicar durante veinte años, que aquí en España no hay más que un problema: el del clericalismo; me duele la mano de hacer correr la pluma sobre las cuartillas afirmando lo mismo: en España no hay más que un problema: el clerical.

Fanático al revés, visionario, monomaniaco, estúpido, tragacuras, todo eso y mucho más se me ha dicho.

Al problema clerical no se le concedía en España importancia alguna. En vano lo señalaron Nakens, Demófilo, Alomar, el Padre Ferrándiz, etc., etc., los clarividentes entre los que quiero incluirme.

Más de veinte años hace que desde las columnas de *La Autonomía*, diario de Reus, del que yo era director, vaticiné que por nuestras complacencias con el clericalismo vendrían días luctuosos para la libertad en España; que los librepensadores serían ahogados en su lecho matrimonial por las propias esposas con los cordones de los hábitos de los frailes...

Y en Reus, como en España toda, la reacción se manifiesta. Allí gallea el *requeté*, manifestación de una degeneración intelectual y moral; allí se da el trágico continuo á los elementos avanzados (?) con procesiones que son provocaciones; allí se levanta retadora en la plaza de Santa Marina la cruz constantina, y allí es posible que hasta se consiga quitar al único cementerio general de España con carácter eminentemente civil, honra de aquel gran pueblo digno de haber tenido mejores pastores.

Y en materia de clericalismo toda España es Reus, feudo del bonete y de la boina.

El Liberal, de Madrid, periódico del *trust*, viene haciendo una persistente campaña contra el avance reaccionario clerical.

Recientemente mi buen amigo el ilustre escritor Joaquín Dicenta, escribe, entre otras cosas, en un hermoso artículo titulado «Al tronco», lo que sigue:

«Y, sin embargo, si los representantes, en menos ó más, de la libertad, del progreso, de la cultura, no quieren ver su hogar geográfico tragado, sorbido por la marea clerical y reaccionaria, no les queda más que un recurso: poner á la marea un dique con la franca, resuelta y activa unión de las izquierdas, de los hombres de las izquierdas, que honrada y valientemente estén dispuestos á formarlo.

Bien entendido que en ese ejército sólo debe admitirse á quienes tengan pleno convencimiento, plena fe y se hallen prontos á arrostrar las consecuencias de su actitud, sean como sean, para lo que sean y cuando sean.

No vale perder el tiempo en desplantes retóricos, en corridas de pólvora contra una ú otra acción aislada de clericales y de reaccionarios. Hay que meter el hacha en el tronco.

Los que no teman que las astillas les hieran al saltar ó que el tronco, al caer, les aplaste, que se pongan á la faena.

Los indecisos, los cobardes y los contemporizadores, que se queden en casa.

Allí, al menos, no estorbarán.»

Suscribo la opinión de Dicenta; fué siempre la mía, practicada con lealtad y explicada, no con tanta galanura de frase, pero explicada al fin.

Llevo no sé cuántos años de mi vida de militante perdidos en una estéril propaganda de una acción concreta de las izquierdas para combatir el avance clerical. Llevo no sé cuántos meses perdidos estúpidamente en procurar una inteligencia de librepensadores y anticlericales para constituir el dique de que habla Dicenta, y el fulanismo más miserable ha malogrado todos los buenos propósitos, hecho infecundas las mejores iniciativas.

Yo, no por lo sufrido, ni por lo que se avecina, ni por lo que vendrá, escribo acerca del particular la última palabra; doy el último toque; lo hago por asco.

Si el espíritu de conservación es algo real y activo, désele satisfacción cumplida. Lo exige hasta el personal decoro.

De no, lo sentiré por los otros, no por mí, porque yo

«para el tiempo
que he de estar en el convento,
me cago dentro».

Y una advertencia final.

Vienen elecciones para concejales.

La taifa de aspirantes al cargo y *data*, nos va de nuevo á atronar los oídos con su anticlericalismo con su *cuenta y razón*.

Enseñemos á esos señores que si es fácil pasar desde el campo anticlerical á los escaños del Municipio, para votar desde ellos acuerdos clericales, es facilísimo, basta que lo quiera el pueblo, *botar* á esos concejales por el balcón de las Casas Consistoriales, produciendo el edificante choque de dos adoquines, esto es, una cabeza más ó menos pétrea contra una piedra de las canteras de Montjuich.

CRISTÓBAL LITRÁN

Badalona, Julio 1915.

El destierro de Queraltó

El País, refiriéndose al destierro de Queraltó, declara que «la saña con que le persiguen sus malos compañeros prueba que merecieron lo que de ellos dijo Queraltó; cuando un hombre, reivindicado su honor, se niega á perdonar, ese hombre merece las injurias que se le dirigieron, y no pudo ser calumniado, por-

que su vileza vengativa prueba que es incalumniable».

Agradecemos a *El País* sus justicieras manifestaciones, dignas de su gallarda historia; pero *El País* añade que el Gobierno puede hacer poco, pues todo depende de los medios del Patronato, y es preciso aclarar este concepto.

La querrela contra Queraltó no la sostuvieron todos los médicos del Patronato; salvo cuatro, los demás se negaron a firmarla; algunos se separaron del mismo, por rehuir todo consorcio con quienes de tal modo procedían, y dos de ellos reconocieron en la misma Audiencia la buena fe de Queraltó y la alteza de su campaña. De los cuatro querellantes, uno declaró públicamente que, convencido de la nobleza de Queraltó, retiraba la querrela, y otro tiene dicho que sólo por compromiso la mantiene. Quedan, pues, solos los porfiados, Xalabarder y Puente, y éstos están a las órdenes del Sr. Vidal y Ribas.

La persecución de Queraltó fué de orden social y por motivos sociales. Hombre de ciencia, amado por el pueblo, talento preclaro, indómita energía, simbolizó en Barcelona la lucha por la verdad y la justicia, y los elementos opresores decidieron destruirle. Se intentó encarcelarle por calumnia; el proceso el fiscal por excitación a la sedición y otros delitos; sólo cuando fracasaron estos intentos se pensó en otros medios para arrollarle. De las supuestas injurias no se acordaron los actores sino meses después de perpetradas; no obraron como vindicadores de su honra, sino como siervos al servicio de oligarcas. Desde el primer instante fué el alma del acosamiento el Sr. Vidal y Ribas, organizador en Barcelona de recepciones palatinas, y cuyo hijo, según parece, es gentil hombre. Sostuvieron la acusación en Barcelona los Sres. Camín, padre é hijo, de la Defensa Social, y en Madrid el fiscal y el Sr. Ossorio y Gallardo.

Ante el Supremo recordó el Sr. Ossorio la social benevolencia de los más altos poderes por el Patronato y la necesidad de condenar a Queraltó por el espíritu de rebeldía de su campaña.

Queraltó fué condenado, y á estas horas ocurre en España este contraste: Queraltó está en el destierro; él, por quien pudo celebrarse en Barcelona el Primer Congreso Español Internacional de la Tuberculosis, timbre esplendente de nuestra Patria, y sigue oficialmente Vidal y Ribas al frente del Patronato; él, cuya actuación anti-científica denigró nuestro renombre. Los méritos científicos de Queraltó son de sobra conocidos, y por amigos y enemigos admirados. En la lista de miembros de la Asociación Internacional contra la tuberculosis, á la cual está adherido el señor Vidal y Ribas como presidente del Patronato, no hay más título á continuación de su apellido que el de *negociante*. Así, en tanto que el hombre de ciencia sigue desterrado, el Gobierno ampara á los desterradores y deja que un negociante represente á España en una Corporación científica donde ilustres delegados de todas las naciones amparan su labor contra la peste blanca. Pues los perseguidores de Queraltó están con el régimen, es evidente que el Gobierno pudo obligarles. Aparte esto, es obvio que pudo obtener de las Cortes la derogación de esa ley estúpida, en virtud de la cual es dable al Estado indultar á los asesinos más monstruosos contra la

voluntad de los allegados de las víctimas, y no le es posible indultar á un condenado por injurias, si cualquier sujeto, más ó menos ofendido, se empeña en que se cumpla la condena. Cerradas las Cortes, puede el Gobierno, previa la exposición de los motivos imperiosos que á ello le compelen, proponer en seguida el indulto, á reserva de lo que el Parlamento decida.

Mas el Gobierno y sus amigos no hacen nada, sencillamente porque el destierro de Queraltó les place; turiferarios del régimen le temen; y con ellos, y tal vez más que ellos, algún opositor «de Real orden», pretendieron anularle; y él, con sus arrestos, crecióse y puso en evidencia, sobre la justicia de su causa, la malfélica substancia del orden social que nos oprime.

En España y fuera de ella, la opinión culta y progresiva se ha solidarizado con su empresa, y si los oligarcas le alejaron por estorbo con más ahínco, ahora han de procurar tenerle en el alejamiento.

Fatalmente, sin embargo, Queraltó triunfará en la contienda; hijo insigne de Barcelona, nuestro pueblo le ama y le admira, y á despecho de todos los amañes, sabrá libertarle en ocasión propicia.

El Comité Pró-Justicia.

“Los ciudadanos del mundo”

(CONTINUACIÓN)

«Origen del espíritu militarista, es decir, del amor á la guerra.»

«Los apóstoles de la razón de la fuerza pretextan, que en una guerra nacional, la vida encuentra su más alta expresión, y que la guerra por sí misma no es un mal, sino un bien. Esa es la tan cacareada razón moral de la guerra; pero el origen del espíritu guerrero se encuentra más bien en las ambiciones y egoísmos personales de individuos, castas y partidos. Esto es tan cierto, que mientras proclaman la guerra, los autores de ella rechazan la acusación de haber sido ellos los primeros en gritar: ¡A las armas! Nunca ningún partido de la guerra en país alguno confesó su responsabilidad acerca de ella.»

«En las épocas primitivas el hombre más fuerte vió ocasión de jefatura y poder en la organización de expediciones de bandidaje. En la batalla se hace jefe de la tribu. Para sostener su poder hace que los hombres de su tribu estén siempre prestos al combate y la matanza. Por ese procedimiento conserva la unidad de su tribu, y, al mismo tiempo, asegura y mejora su propia posición. Al través de la Historia vése el espíritu guerrero reflejado de un modo elocuente en la ambición ilimitada por la victoria y el poder de algunos individuos, y el siglo XX no es una excepción de los anteriores.»

«Hoy, los partidarios de la guerra en las naciones pelean unos contra otros, como antiguamente pelearon los jefes de tribu; y los obreros, que con sus fuerzas intelectuales y materiales están dedicados á sostener penosamente familias y hogares, dieron y dan su dinero y su sangre solamente para satisfacer criminales ambiciones.»

«Ciertamente que hay épocas de paz, así denominadas con brutal cinismo. ¿Qué es realmente esa Paz? ¡Solamente

un alto en la marcha de la guerra; solamente una pausa en el estruendo horriblo de la lucha; una tregua impuesta para cicatrizar las heridas de los pueblos, para en ella prepararse de nuevo con más elementos después de haberlos perfeccionado para que sus efectos destructores sean más terribles!»

«La rivalidad de armamentos, aun en tiempo de paz, conduce á la ruina por la competencia en la preparación para la guerra, y llega un momento en la vida de una ú otra nación en que la tensión económica, á causa de los armamentos de mar y tierra, alcanza un punto de bancarrota. Las muchedumbres no pueden llevar más lejos su sacrificio. Entonces presentanse dos alternativas al partido de la guerra: la revolución, que anulará su potencia, ó la guerra, que quizá renueve esa potencia, esperando alcanzar una utilidad que se mide por lo gastado en armamentos. El pretexto se encuentra: se llama diplomacia. Se declara la guerra, y las muchedumbres, para salvar su existencia «nacional», como se les hace comprender con gran esmero, son obligadas aún una vez más á sostener á los combatientes, á facilitar el dinero y á verter su sangre...»

Suscripción “Cruz Roja”

Pesetas

Suma anterior.	7673'80
Joaquín Armisen, 1'00.—Juan Fusté, 1'00.—Baudilio Balart, 1'00.—Raymundo Rufiandes, 1'00.—Francisco Font, 1'00.—Antonio Solé, 1'00.—Juan Casas, 1'00.—Juan Camell, 0'50.—José Coma, 0'50.—Armisto, 0'50.—A. B., 0'50.—José Bonet, 0'25.—Ángel Mira, 0'25.—Agapito Girón, 0'25. (Todos de Gracia, Barcelona)	9'75
Ernesto Spoerri (Barcelona) . . .	3'00
Juan León Regadera (El Campillo, Huelva)	2'00

Suma y sigue. 7688'55

Libros en venta

Picotazos en la cresta

Chaparrón de milagros

Clericalismo en solfa

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

Más cosas que he dicho

EN BROMA Y EN SERIO

por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID